

Sentado en un sillón don Antonio permanece quieto, con los ojos cerrados, como ausente, quizá pensando, quién sabe, a lo mejor ni piensa, o sólo duerme. Sí, eso es, don Antonio se ha quedado dormido como una marmota, ahora nada le urge, ahora todo puede esperar. Acaba de cenar y debería dar, como le ha recomendado el médico, un paseo, poca cosa, sólo para estirar las piernas, una vuelta, sólo una vuelta a la manzana. Pero no, don Antonio se sienta en su sillón y sitio preferidos, bajo el cono de luz de la lámpara, intenta leer un rato el periódico pero, qué va, en seguida se arrellana en la butaca, sus manos le abandonan poco a poco y las letras se desparraman mansamente sobre su pecho. Don Antonio se ha jubilado hace sólo unos meses – forzosamente, desde luego, que si no, a buenas horas mangas verdes – y, claro, todavía no se ha aclimatado a la nueva situación. Los primeros días don Antonio se despierta bien temprano, a ver, la rutina, normal, se calza las zapatillas y se encamina al baño. Don Antonio no se ha enterado aún de que ahora no tiene nada que hacer, que no tiene que madrugar, que ya no hay domingos, ni días de fiesta que guardar, ni sábados, ni vísperas de algo, ni nada. Ahora todos los días son inodoros, incoloros e insípidos. Después se percata de que ha pasado a engrosar el pelotón de los mayores – piadosa palabra, piensa – y vuelve de mala gana, arrastrando los pies, hasta la cama, se sienta y medita un momento hasta que, mecánicamente, se mete de nuevo entre las sábanas. Unos minutos más no van a ninguna parte, se dice. Un día es un día, piensa, mientras ensaya posturas un buen rato – que si así, que si asá – hasta que por fin encuentra la posición correcta, la que mejor se adapta, piensa él, a su anatomía y a su carácter, encogido como un feto, acurrucadito como un pájaro aterido. En semejante postura – siempre la misma, no vaya a ser que con el cambio pierda la perspectiva y después no sepa volver – le dan las diez, y las once, y las once y pico, hasta que de pronto se ve que le remuerde la conciencia, da un respingo, se revuelve entre las sábanas, se sienta de nuevo en la cama y al fin se pone en pie decidido a iniciar la aventura de cada día. La aventura de no tener nada que hacer si no es para sentarse en su sillón y quedarse dormido como un ceporro. Y así, si nadie lo remedia, un día y otro, por los siglos de los siglos, se dice pronto, que a menudo piensa que ya falta menos, ya falta menos para algo, pero no sabe para qué falta menos, habrá que seguir esperando,

toda la vida esperando. Ojea el periódico de atrás hacia adelante, como siempre, una de sus manías preferidas, se detiene a ratos en algún titular y lee a trompicones, expurgando de aquí y de allá, hasta que le rinde el cansancio, se retrepa en el sillón, cierra los párpados, se le caen, como siempre, las letras de las manos y hasta mañana si Dios quiere. Pero un día don Antonio está leyendo el periódico y de pronto se detiene en un titular: “Este año se conmemora el cuarto centenario de la publicación de la primera parte del Quijote”. Bueno – dice para sí –, pues qué bien, a mí me la refanfinfla, y al día siguiente lee sin ningún entusiasmo otro titular sobre el mismo tema. Y así días y días la misma cantinela, hasta que de pronto, como jugando, don Antonio, un punto curioso, se detiene ante un artículo referido al Caballero de la Triste Figura. Lo lee al fin y se queda pensando un momento. Lo vuelve a leer y después, con los ojos cerrados, rememora sus años de niñez cuando, en la escuela, don Francisco, el maestro, les hacía leer – qué remedio – unas líneas de aquel tremendo mamotreto que presidía la enclenque biblioteca. *En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...* recuerda ahora don Antonio, pero no puede seguir, se atranca a las primeras de cambio, qué desastre. La verdad es que muchas veces ha estado tentado de leer El Quijote, lo que pasa es que como es tan gordo el jodío, pues claro, un día por otro la casa sin barrer y el imponente tomo presidiendo la breve biblioteca de su casa sin que nadie se moleste en echarle un vistazo siquiera. Y entonces se le ocurre que, a pesar de todo, debería decidirse a leer – o intentarlo al menos – la que, según dice todo el mundo, es la obra cumbre de la literatura española. Don Antonio, sin pensárselo dos veces, se encarama a lo alto de la biblioteca, allí donde desde siempre ha figurado, bien visible, inmaculada e intacta, como un adorno más de la casa, la novela de don Miguel de Cervantes *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*. Baja con el voluminoso tomo entre las manos y, sin más, empieza a leer: “*En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho...*” y sigue leyendo y leyendo – tampoco es cosa de hacerle un feo al señor Cervantes, piensa – y resulta que como que se envicia, y cuando se quiere dar cuenta ya se ha tragado los tres primeros capítulos, y porque le está esperando la cena, que si no, se hubiese aventurado en los siguientes hasta dejarlo tiritando. Joder, vaya un descubrimiento, dice para sus adentros don Antonio, toda la vida convencido

de que no habría manera de hincarle el diente a aquello y ahora venía a resultar que le estaba cogiendo el tranquillo, hasta el punto de que no descansaría hasta terminarlo.

Así que los días sucesivos, apenas despuntaba el día – *la del alba sería*, cuando, como dijera don Miguel, salió de la venta don Quijote tan contento y tan gallardo, alborozado por verse armado caballero – se levantaba, desayunaba de prisa y corriendo, cogía el libro de marras y comenzaba la lectura hasta la hora del almuerzo. Y por la tarde, después de una breve cabezada, vuelta a lo mismo. Y así un día y otro, hasta que llegó un momento en que le dio por pensar si no le pasaría lo que al bueno de Don Quijote, que de tanto leer se le secaría el cerebro y viniese a perder el juicio. Pero no, se ve que don Antonio no es de los que van por ahí perdiendo cosas. Don Antonio tiene madera de luchador y llegará incólume hasta el fin antes que entregar su espíritu. Así que insiste un día tras otro hasta que por fin, ya casi exhausto, alcanza a leer: *“y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente como deseaba: pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna”*. Dando así por concluida su empresa.

Los días siguientes, una vez cumplida su tarea, a don Antonio le da por vagar de un lado a otro de la casa, cual alma en pena, como si algo le rondase por la cabeza y le estuviese atormentando día y noche. Y fue el caso que un buen día se pone a pensar, y de pronto viene a convenir que él también debería contribuir, en su modestia, a la mayor gloria del mejor libro de todos los tiempos. Así que, sin pensárselo no ya dos veces, pero ni una siquiera, don Antonio decide que tiene que trasladar al papel, negro sobre blanco, un a modo de homenaje de la inmortal obra de Cervantes. Don Antonio ha oído que para hacer literatura – buena literatura, se entiende – es indispensable mantener la mente lúcida y despejada. Todo consiste, al parecer, en emborronar cuartillas – o folios, o lo que sea, es igual – sin prejuicio ninguno, con desparpajo, como al desgaire. Lo demás vendrá de añadidura. Así pues, con el viento a favor y sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, don Antonio se lanza a tumba abierta no tanto a hacer el panegírico de la inmortal obra cuanto, de paso y aprovechando

la inercia, a buscar con ahínco la gloria propia. Nada pierdo en ello, se dice don Antonio, tanto más cuanto que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Don Antonio cree a pies juntillas que, bajo la impronta del Quijote, todo discurrirá como la seda, no se hable más y miel sobre hojuelas. Pero enseguida empiezan las dificultades. Al poco don Antonio ha de rebuscar en su caletre una palabra que le falta, un sujeto que cuadre con el pronombre, un adverbio que cabalgue jinete del adjetivo, una preposición pintiparada, un verbo, sobre todo un verbo que exprese todo de un solo brochazo, pero nada, que si quieres, aquello se le resiste y no logra avanzar un milímetro. A veces le parece que por fin ha encontrado la palabra correcta, ya la tiene en la punta de la lengua, a punto de reventar, pero se le escapa por momentos. Y entonces don Antonio se desespera, quién supiera escribir como el tal Cervantes, se pregunta, ése sí que era un genio el tío, qué facilidad tienen algunos – y cómo les envidia – para hacer fácil lo más difícil e intrincado. Con todo, don Antonio sigue, terne, horas y horas al pie del cañón, luchando con uñas y dientes, a la espera de cazar al vuelo alguna idea genial que le conduzca, sin solución de continuidad, a culminar con éxito su obra maestra. Y si no logra alcanzar la perfección de su modelo, todo será por bien empleado a mayor gloria de la más gloriosa historia que vieron los siglos más gloriosos, piensa don Antonio, contagiado de las razones y requiebros que los autores de los libros de caballerías ponen en boca de sus caballerescos héroes. Tal el famoso Feliciano de Silva cuando escribe *“la razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura”*, y otros de semejante jaez. Y llena folios y folios, y al fin cree que está a punto de alumbrar la obra de arte que el mundo entero ha de admirar. Y de tal manera continúa don Antonio su nunca bien ponderada tarea que llega un punto que, en efecto, le va tomando un vahído y parece que el cerebro flaquea, y por un momento cree escuchar una voz:

“Alto ahí, sandio incorregible. ¿Qué atrevimiento es este y qué tanto se te da, folloncico hideputa, ponerte a fabular con tan torpe aliño historias trasnochadas que en nada merecen ser glosadas si no es para el descrédito de cuantos profesamos la estrecha pero muy noble Orden de la caballería? ¿Y qué de tanto muñir así a doncellas y princesas enamoradas, y mujeres valientes y abnegadas, como de gnomos y endriagos y tantas aventuras

inútiles mil veces repetidas que invitan al aborrecimiento de la más noble profesión que vieron los siglos todos como es el de la caballería y los caballeros andantes? Me retiro a descansar unos siglos y ¿qué me encuentro? – le parece seguir oyendo don Antonio la misma voz, ahora más potente –. ¿Cuánto impostor no vemos cada día crear escuela y sentar cátedra, y pontificar, escudado en banalidades sin cuento, en pretendidas verdades cuasi absolutas y en erudiciones plagiarías y – de añadidura – a la violeta? ”

– No puedo consentir – acierta a balbucir don Antonio, un sí es no es sorprendido y exaltado – que un caballeresco caballero vaya por esos mundos imponiendo doctrinas absurdas que no llevan a ninguna parte. Te ordeno – continúa con alguna energía –que te retires a descansar unos siglos, como hasta aquí, o tendrás, por el contrario, que vértelas conmigo en desigual batalla y te prometo terminar con tus baladronadas.

Y don Antonio continúa imparable, como una fuerza incontenible de la naturaleza, con sus abstrusos razonamientos, y tan pronto lanza sus invectivas contra Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula, como carga sin compasión contra Bernardo del Carpio, Reinaldo de Montalván o el Caballero del Febo. Y todo ello con tal naturalidad y convicción que está tentado de salir a calles y plazas a proclamar a voz en grito, a los cuatro vientos, la buena nueva.

Don Antonio, en su delirio, siente su cerebro poblado de fantasmas y quiere concluir su hazaña, pero desvaría y se imagina que el caballero de la Triste Figura le reconviene y amenaza. Y fue tal, que en un momento de lucidez piensa que es mejor no tentar la suerte, y cada uno en su casa y Dios en la de todos, que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Y ceja en su empeño. Y se resigna. Y se dispone a esperar que la Historia diga la última palabra.

----- F i n -----